

El difunto Matias Pascal – Capítulo 18 – El difunto Matías Pascal

scritto da Pirandelloweb.com

In Italiano – [Il fu Mattia Pascal](#)

In English – [The late Mattia Pascal](#)



El difunto Matias Pascal Capítulo 18 El difunto Matías Pascal

Dividido el ánimo entre la ansiedad y la ira, no sabía cuál de las dos me tuviese más soliviantado, aunque puede que en el fondo fueran una misma cosa: ansiosa ira e ira ansiosa; no me cuidé ya de que me viese alguien o no, antes de apearme o al apearme en Miragno.

La única precaución que había adoptado era meterme en un coche de primera. Había oscurecido ya; y, aparte esto, tranquilizábame el experimento que con Roberto hiciera; convencidos firmemente como todos estaban de mi triste fin, acaecido dos años atrás, a nadie iba a ocurrírsele pensar que

yo pudiera ser el difunto Matías Pascal resucitado.

Asomé la cabeza por la ventanilla, a guisa de prueba, por ver si la contemplación de los parajes conocidos despertaba en mi ánimo alguna otra emoción menos violenta; mas sólo sirvió para aumentar mi inquietud y mi ira. Al fulgor de la luna vislumbré en lontananza el cerrete de *La Cabaña*.

– ¡Asesinas! – murmuré entre dientes- . Allí fue. ¡Pero lo que es ahora! ... ¡Cuántas cosas me había olvidado de preguntarle a Roberto, aturdido por efecto de la inesperada noticia! ¿Habían llegado a venderse el cortijo y el molino, o se hallaban aún, por común acuerdo de los acreedores, sujetos a una administración provisional? Y Malagna, ¿se había muerto? ¿Qué había sido de tía Escolástica?

Parecíame mentira que hubiesen transcurrido solamente dos años y pico; antojábaseme aquel tiempo una eternidad y pensaba que lo mismo que a mí me habían acaecido lances extraordinarios, debían de haberles sucedido también a mis paisanos. Y, sin embargo, lo más probable era que nada de particular hubiese ocurrido en el pueblo, salvo el casamiento de Romilda con Pomino, suceso vulgarísimo en sí, y que sólo por mi aparición inminente había de resultar extraordinario y peregrino.

¿Adónde me dirigiría luego que me apease en Miragno? ¿Al nido de los amores de la nueva parejica?

Demasiado humilde resultaba para Pomino, rico e hijo único, la casa donde yo, pobre de mí, viviera. Además, que Pomino, tierno de corazón, no se hubiera encontrado allí a gusto, asediado por mi inevitable recuerdo. Quizá se habría llevado a la mujer al *palacio* del padre. ¡Habría que ver los humos de matrona que tendría ahora mi suegra! Pues ¿y aquel pobre caballero Pomino, Jerónimo I, tan delicado, fino y pazguato, entre las garras de la bruja? ¡Qué escenas se armarían! Algo podía apostarse a que ni el padre ni el hijo se habrían atrevido a quitársela de encima. Y ahora, ¡qué rabia!, iba a

libertarlos yo...

Sí; a casa de Pomino era adonde primero debía enderezar mis pasos; que, si no los encontrase allí, ya me diría la portera dónde podría dar con ellos.

¡Oh, y qué revuelo iba a armarse al otro día en aquel pueblecito mío, tan tranquilo, en cuanto se divulgase la noticia de mi resurrección!

Hacía luna aquella noche, y todos los faroles estaban ya apagados, según costumbre, en las calles, desiertas, por hallarse a aquella hora todo el mundo en sus casas, cenando.

Por efecto de la extremada excitación nerviosa, casi había perdido la sensibilidad de las piernas, y caminaba como si no hollase la tierra con los pies. No podría describir ahora cuál fuese entonces el estado de mi espíritu; sólo conservo la impresión como de una enorme y homérica carcajada que, en un espasmo violento, conmovía todo mi organismo, sin poder llegar a estallar, que, de haberlo conseguido, hubiera hecho saltar, como muelas, los pedruscos de la calle y tambalearse las casas.

Llegué en un santiamén a casa de Pomino; pero en aquella suerte de mostrador que hay en el zaguán no encontré a la portera; y, trémulo de ira, llevaba ya aguardando un rato, cuando en una de las hojas del portalón hube de distinguir una faja de luto, ya descolorida y polvorienta, que probablemente llevaba allí ya varios meses prendida. ¿Quién habría muerto? ¿El caballero Pomino? Pero Berto no me había dicho ni palabra... Sin embargo, no tenía más remedio que ser él el difunto. Y entonces, ¿estarían mis tórtolos allá arriba? No tuve paciencia para aguardar más, y me lancé a brincos escaleras arriba. Pero en el segundo rellano salióme al paso la portera.

– ¿El caballero Pomino?

Por la estupefacción con que hubo de mirarme aquella tortuga

vieja, comprendí que el propio caballero era el finado.

– ¡El hijo! Pregunto por el hijo – rectificué inmediatamente, sabiendo ya a qué atenerme, y seguí escaleras arriba.

No sé qué refunfuñaría la vieja. Al llegar al último tramo, tuve que detenerme: ¡me faltaba el aliento! Miré a la puerta, y pensé: “¡Quizá estén cenando ahora los tres juntitos..., sin el menor recelo! Pero dentro de un instante, en cuanto yo llame a esa puerta, quedará malparada su vida... ¡En mi mano está todavía la suerte que se cierne sobre sus cabezas!”

Subí los últimos escalones. Con el cordón de la campanilla en la mano, en tanto el corazón me daba brincos, subiéndoseme a la garganta, agucé el oído. Ningún rumor. Y en aquel silencio escuché el lento *tin, tin, tin* de la campanilla, de la cual tiraba yo muy flojito.

Subióseme toda la sangre a la cabeza y empezaron a zumbarme los oídos, como si aquel leve tintineo, que se había extinguido en el silencio, retumbase, furioso y ensordecedor, dentro de mí.

A poco rato, reconocí, sobresaltado, al otro lado de la puerta, la voz de la viuda de Pescatore:

– ¿Quién va?

No pude, al pronto, responder; y me apreté el pecho con los puños, temiendo no se me saltase el corazón. Luego, con voz sombría, casi silabeando, dije:

– ¡Matías Pascal!

– ¿Quién? – chilló la voz de dentro.

– ¡Matías Pascal! – repetí, con voz todavía más cavernosa.

Sentí echar a correr a la bruja de mi suegra, aterrorizada sin duda, y al punto imagineme lo que en aquel instante estaría

sucediendo al otro lado de la puerta. Ahora vendría Pomino, el hombre, ¡el valiente!

Pero antes fue menester que volviese a llamar como antes, muy flojito. Apenas, abriendo de par en par la puerta, me hubo visto Pomino, erguido, echado para adelante, plantado frente a él, retrocedió aterrado. Yo me adelanté, diciendo:

– ¡Soy Matías Pascal, que viene del otro mundo!

Pomino dejose caer en el suelo, dando un gran resbalón, con los brazos para atrás y de par en par los ojos.

– ¡Matías! ¿Tú?

Mi suegra, que había acudido, llevando la luz en una mano, lanzó un alarido agudísimo, como de parturienta. Yo cerré la puerta de un empujón, y de una manotada le quité la luz, que ya se le caía de la mano.

– ¡Silencio! – díjele en los mismos morros- . ¿De veras me toma usted por un fantasma?

– ¿¡Vivo!?! – exclamó ella, pasmada, con las manos en la cabeza.

– ¡Vivo! ¡Vivo! ¡Vivo! – repetí yo, con feroz alegría- . Me habías dado por muerto, ¿no es verdad? ¿Ahogado en el molino?

– Y ¿de dónde vienes? – preguntome, temblando de terror.

– ¡Pues del molino, so bruja! – gritéle- . ¡Toma la luz, mírame bien! ¿Soy o no soy yo? ¿No me reconoces? ¿O te sigo pareciendo aquel desgraciado que se ahogó en *La Cabaña*?

– Pero ¿no eras tú?

– ¡Así revientes, bruja de los demonios! ¡Yo estoy aquí vivo! ¿No me ves? ¡Ea, levántate, mala pécora! ¿Dónde está Romilda?

– ¡Por caridad! – gimió Pomino, levantándose del suelo

presuroso- . La pequeña..., tengo miedo..., la leche...

Yo lo cogí de un brazo, y, a mi vez, me detuve:

– ¿Qué pequeña?

– Mi... mi hija... – balbució Pomino.

– ¡As... sesino! – clamó mi suegra.

No pude responderle, aturdido por la impresión de aquella nueva noticia.

– ¡Tu hija! – murmuraba- . ¿Una hija, además?... ¿Y está ahora...?

– Está tomando el pecho de Romilda. ¡Por el amor de Dios! – conjuróme Pomino.

Pero había acudido tarde. Porque ya Romilda, con el corpiño flojo y la pequeñuela en el regazo, toda en desorden, como si al oír los gritos hubiese saltado presurosa y azorada del lecho, habíase adelantado hacia nosotros, y me vio:

– ¡Matías!

Y dejóse caer en brazos de Pomino y de su madre, los cuales cargaron con ella y se la llevaron de allí, dejando, en aquel destartalo, a la pequeña en mis manos.

Encontréme a oscuras en el recibimiento, sosteniendo en mis brazos a la niña, que lanzaba vagidos con la vocecilla acre de la leche. Consternado, poseído de agitación, seguía oyendo el grito de aquella que fuera mi mujer y era ahora la madre de esta niña, no mía, sino de otro, mientras que a la mía no le había tenido cariño. Por lo cual yo, ahora, ino, por Dios vivo!, no debía tener piedad. ¡Había vuelto a casarse! Pero, a todo esto, la niña seguía gimiendo, y yo no sabía qué hacer. Hasta que, por último, me la acomodé bien contra el pecho y empecé a acariciarla suavemente, pasándole una mano por sus hombritos, y a mecerla para que se durmiese. Enturbióseme el

odio y cedió la violencia. Y poco a poco fue quedándose callada la niña.

Pomino llamó en lo oscuro, sobresaltado:

– ¡Matías...!, ¿y la nena?

– ¡Cállate! ¡La tengo aquí!

– ¿Y qué haces?

– Pues ya ves, ¡comérmela a bocados! ... ¡Hay que ver la pregunta! ¿Que qué hago? Me la habéis puesto en los brazos..., y todavía me preguntáis que qué hago... Ahora, lo mejor que podéis hacer es dejar en paz a la nena... Ya está tranquilita... ¿Y Romilda? ¿Dónde está?

Pomino se me acercó, todo tembloroso y remiso, cual perra que ve a su crío en manos del amo.

– ¿Romilda? ¿Para qué la quieres? – preguntóme.

– ¡Para hablarle, hombre! – respondióme con rudeza.

– Se ha desmayado, ¿sabes?

– ¿Que se ha desmayado? ¡Pues ya haremos que vuelva en sí!

Pomino se me plantó delante, implorando:

– ¡Por el amor de Dios! ... Oye..., tengo miedo... ¿Cómo es posible que seas tú?... ¡Vivo!... ¿Dónde estuviste tanto tiempo? ¡Dios santo!... Oye..., ¿no te sería lo mismo decirme a mí lo que le fueras a decir a ella?

– ¡No! – gritéle- . ¡Tengo que hablar con ella! ¡Tú aquí no eres ya nadie!

– ¡Cómo!

– Como te lo digo. Tu matrimonio no tiene validez.

– Pero, ¡hombre, por Dios! ... ¿Qué dices?... ¿Y la niña?

– La niña..., la niña... la niña... – mascullé- . ¡Habrás visto qué poca vergüenza! ¡En dos años, casados y con una niña! ¡Calla, rica calla! Vamos a ver a la mamá... ¡Anda, hombre! Ve tú delante, guiando... ¿Por dónde hay que echar?

No bien hube entrado en la alcoba con la niña en mis brazos, hizo ademán mi suegra de abalanzárseme como una hiena.

Yo la rechacé con furioso codazo.

– ¡Váyase usted de aquí, so tía brujas! Que aquí tiene usted a su yerno. Si tiene usted algo que rezongar, idígaselo a él, que yo no la conozco!

Inclinéme sobre Romilda, que lloraba a lágrima viva, y presentéle a la pequeña:

– ¡Tómala! Aquí la tienes. ¡No llores! ... ¿A qué viene ese llanto? ¿A que estoy vivo? ¿Luego querías que me hubiera muerto de veras? ¡Mírame..., mírame bien a la cara! ¿Estoy vivo o estoy muerto?

Ella hizo un esfuerzo para mirarme por entre sus lágrimas, y con voz entrecortado por los sollozos, balbució:

– ¿Pero... cómo... tú? ¿Qué... qué hiciste en todo este tiempo?

¿Que qué hice? – suspiré- . ¿Y a mí me lo preguntas? ¿De modo que tú te volviste a casar... con ese sandio ahí presente... y trajiste al mundo una niña, y todavía tienes valor de preguntarme a mí que qué hice en este tiempo?

– ¿Y ahora? – gimió Pomino, cubriéndose la cara con las manos.

– Pero tú, ¿dónde has estado? Si te fingiste muerto y te largaste... – gritó mi suegra, adelantándose hacia mí con los brazos alzados.

Yo le cogí uno de ellos y se lo retorcí, gritando:

– ¡Cállese usted, vuelvo a decirle! ¡Estése usted quieta, porque como la sienta resollar a usted, va a acabármela la piedad que me inspiran ese imbécil de su yerno y esa criaturita, y voy a aplicarles a todos la ley monda y lironda! ¿Y sabe usted lo que dice la ley? Pues que yo debo volverme a reunir ahora con Romilda...

– ¡Con mi hija! ¡Tú! ¡Pero tú estás loco! – exclamó la vieja, impertérrita.

Mas Pomino, impresionado por mis amenazas acercósele diligente, rogándole que se callara, por lo que más quisiera.

Y entonces fue la bruja y me soltó a mí y la emprendió con él, poniéndolo de sandio, de bragazas, de inútil, y echándole en cara que no sabía hacer más que llorar y lamentarse como una hembra...

– ¡Acabe usted ya! – grité en cuanto pude contenerme- . ¡Os la dejo! ¡Os la dejo a vosotros con muchísimo gusto! ¿O me cree usted de veras tan chiflado como para avenirme a ser otra vez su yerno? ¡Ay, pobre Pomino! ¡Pobre amigo mío, dispénsame, ¿oyes?, si te llamé imbécil! Pero ya has oído que también te lo ha llamado tu suegra, y puedo jurarte que, también, desde un principio, me lo había dicho Romilda, nuestra mujer..., ¡sí, sí, ella misma!..., que le parecías un memo, un estúpido, un pazguato... y no sé cuantas cosas más por este estilo... ¿No es cierto, Romilda? ¡Anda, mujer, di la verdad! ... ¡Anda, no llores más rica! ¡Tranquilízate, criatura! ¿No ves que puede sentarle mal a tu nena? Yo he vuelto a la vida... ¿no lo ves?..., y quiero estar alegre... ¡Alegre!, como decía aquel borracho... ¡Alegre, Pomino! ¿Te parece que sea capaz de dejar sin madre a una criaturita? ¡No, hombre! Yo ya tengo un hijo sin padre... ¿Lo ves, Romilda? Estamos en paz: yo tengo un hijo que es hijo de Malagna, y tú tienes ahora una hija que es hija de Pomino. Si Dios quiere, en su día los casaremos l ¡Ahora ya no debes llevar a mal lo de ese hijo mío! ... Pero hablemos de cosas alegres... Dime: ¿cómo tú y tu madre, os arreglasteis para darme

por muerto allá en *La Cabaña*?...

– ¡No fueron ellas solas! – exclamó Pomino-. También yo te di por muerto. ¡Y todo el mundo, aquí, en el pueblo!

– ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Conque tanto se me parecía el interfecto?

– Tenía tu misma estatura..., tu misma barba... Vestía como tú, de negro... ¡Y como, además, llevabas tantos días sin aparecer! ...

– ¡Claro! Me había fugado, ¿no es verdad? ¡Como si no hubieran sido ellas la que me echaron de casa! ... ¡Esta, ésta misma! ... ¡Y, sin embargo, tenía intención de volver..., isí, señor!, ¡y cargado de oro! Mientras, aquí..., que es..., que no es... muerto, ahogado, putrefacto... e identificado, por añadidura... ¡Gracias a Dios que me he divertido estos dos años! En tanto, vosotros, aquí, noviazgo, casorio, luna de miel, fiestas y alegrías; la nena... El muerto al hoyo y el vivo al bollo..., ¿eh?

– ¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer ahora? – repitió Pomino, gimiendo, como puesto en un potro.

Romilda se levantó para acomodar en la cuna a la pequeña.

– ¡Vámonos de aquí – dije yo- , que la pequeña ha vuelto a dormirse! En otro sitio discutiremos.

Nos trasladamos al comedor, donde, encima de la mesa, aun sin levantar, veíanse los restos de la cena. Todo tembloroso y descompuesto, con cadavérico palidez en el semblante, parpadeando sin cesar y con los ojos como de yeso, horadados en su mitad por dos puntitos negros y agudos, de pasmo, Pomino se rascaba la frente y repetía, como delirando:

– ¡Vivo! ... ¡Vivo! ... ¿Qué vamos a hacer?

– No me jorobes! – le grité-. ¡Ya lo veremos!

Romilda, que ya se había echado una falda, vino a buscarnos al

comedor. Al verla a la luz, quedéme maravillado: estaba tan hermosa como en otro tiempo, por no decir más.

– ¡Déjame que te vea bien!... – le dije-. Con tu permiso, ¿eh, Pomino? No creo que esté mal..., porque también yo soy su marido, y el primero, y soy antes que tú. ¡Vaya, Romilda, no te dé vergüenza! ¡Mira, mira cómo se retuerce Mino! Pero ¿qué culpa tengo yo de no haberme muerto de veras?

– ¡Eso no es posible! – rezongó Pomino, lívido.

– ¿No ves que la asustas? – díjele yo, señalando a Romilda-. ¡Cálmate, Mino! ... ¡Te he dicho que te la cedo, y mantengo mi palabra! ¡Sólo que, espera un poco!... ¡con tu permiso!

Lleguéme a Romilda y le estampé un beso muy fuerte en la mejilla.

– ¡Matías! – gritó Pomino, todo trémulo.

Yo echéme de nuevo a reír.

– ¿Celos? ¿Tienes celos de mí? ¡Vamos, hombre! ¡Yo tengo aquí primacía! Además, que eso se borra, ¿verdad Romilda?... Mira, al venir para aquí, pensaba yo – y que me dispense Romilda-, pensaba yo, querido Mino, que te haría un gran favor librándote de ella; y este pensamiento me traía a mal traer, pues quería vengarme, y aun lo querría, ¡no vayas a creer!, quitándote a Romilda, ahora que veo que la quieres y que ella... Sí, me parece un sueño; me parece la de aquellos tiempos, ¿no te acuerdas, Romilda?... Pero ¡no llores! ¿Por qué otra vez esos lloros?... ¡Ay, qué tiempos aquéllos! ¡Ya no volverán!... ¡Ea, ea! Vosotros tenéis ya una hijita; así que... ¡punto en boca! Me voy y os dejo en paz, ¡qué diantre! – Pero ¿no anularán el matrimonio? – gritó Pomino.

– ¿Y qué te importa a ti que lo anulen? – le dije-, Lo anularán *pro forma*, si es que lo anulan, porque lo que es yo no he de hacer valer mis derechos, y ni siquiera pienso darme

a conocer oficialmente como vivo, a no ser que materialmente me obliguen. A mí me basta con que todos vuelvan a verme y sepan que estoy vivo de hecho, para salir de esta muerte postiza, que, creedlo, es una muerte verdadera. Y si no, ya lo ves: ¡te has podido casar con Romilda como si estuviera viuda! ... Lo demás me importa un comino. Tú contrajiste matrimonio públicamente, y todos saben que Romilda lleva un año de ser tu mujer, y como tal, seguirá en adelante. ¿Quién crees que piensa ya en el valor legal de su primer matrimonio?

Aguas pasadas... Romilda *ha sido* mi mujer; pero desde hace un año lo es *tuya* y madre, además, de una hija de los dos. De aquí a un mes, ya nadie se acordará de lo ocurrido. ¿No digo bien, suegra por partida doble?

La viuda de Pescatore, malhumorada y ceñuda, asintió con la cabeza. Pero Pomino, con agitación creciente, preguntó:

– ¿Y tú piensas quedarte a vivir aquí, en Miragno?

– Sí; y alguna que otra nohecita me vendré por aquí a tomar con vosotros una tacita de café o un vasito de vino, a vuestra salud.

– ¡Eso, no! – saltó mi suegra, poniéndose en pie.

– ¡Pero si lo dice en broma! – observó Romilda, con los ojos bajos.

Yo me eché a reír, como antes.

– ¿Lo estás viendo, Romilda? – le dije-. Tienen miedo, no sea que volvamos a enamorarnos... ¡No estaría mal! Pero ¡no, no hagamos sufrir a Pomino! ... Quiere decir que, si no le hace gracia verme en su casa, me pondré a pasearte la calle y rondarte el balcón. ¿Qué tal? ¡Ya verás las serenatas que voy a darte!

Pálido y trémulo, daba vueltas Pomino por la estancia, refunfuñando:

– ¡No es posible! ... ¡No es posible! ...

De pronto, se paró en seco, y me dijo:

– El hecho es que ésta... estando tú aquí, vivo, no será ya mi mujer.

– ¡Pues hazte cuenta que me he muerto! – respondió con mucha flema.

El volvió a sus paseos:

– ¡Cómo voy a hacerme esa cuenta!

– Pero ¿crees de verdad – añadí- que yo vaya a hacerte sombra, no queriendo Romilda? Aunque, ¡claro!, como soy mucho más guapo que tú...

– Pero quiero decir ante la ley, ¡ante la ley! – gritó él, volviendo a pararse.

Romilda lo miraba, angustiada y perpleja.

– En ese caso – hícele observar- , me parece que quien debía dolerse antes que nadie era yo, que en lo sucesivo tendré que aguantarme y ver a mi hermosa media naranja vivir maritalmente contigo...

– Pero también ella – exclamó Pomino, no siendo ya mi mujer...

– ¡Bueno! En una palabra – salté yo- : que quería vengarme, y no me vengo; te dejo la mujer y te dejo a ti en paz, ¿y todavía no estás contento? ¡Ea! ¡Anda, Romilda, levántate y vámonos! ¡Qué le vamos a hacer! ... ¡Emprenderemos un viaje de bodas! ... ¡Ya verás cuánto nos vamos a divertir! ¡Deja, que se pudra él solo, a ese cascarrabias! ¿No lo ves? Ahora quisiera que yo fuese a tirarme de cabeza al molino de *La Cabaña*.

– ¡No quiero eso! – prorrumpió Pomino, en el colmo de la desesperación-. Lo que quiero es que, por lo menos, te vayas de aquí. ¡Que te quites de en medio! ¿No tuviste por

conveniente hacerte el muerto? Pues vete ahora del pueblo sin que nadie te vea. Porque yo aquí... viviendo tú...

Levantéme, púsele una mano en el hombro para sosegarlo, y le respondí, diciéndole, en primer lugar, que ya había estado en Oneglia a ver a mi hermano; de suerte, que ya todos sabían que no me había muerto, y era inevitable que al día siguiente cundiera ya la noticia por Miragno. Luego exclamé:

– ¿Que me haga otra vez el muerto? ¿Que me vaya de Miragno? ¡Quita, hombre! ... ¡Sigue tú de marido, y que buen provecho te haga! ... No temas cosa alguna... Sea como quiera, tú estás casado como Dios manda... Y todo el mundo bajará la cabeza, sabiendo que hay de por medio una criatura. Yo te prometo y te juro que no he de venir nunca a molestarle, ni siquiera a pedirte una taza de café, ni siquiera a regodearme con el espectáculo plácido y risueño de vuestro cariño y concordia, de vuestra dicha, cimentada sobre mi muerte... ¡Ingratos! Cualquier cosa apuesto a que nadie en el mundo, empezando por ti, mal amigo, ha ido a poner una corona, ni siquiera una flor, en mi sepultura... ¿A que es verdad? ¡Habla, responde!

– ¡Déjate de bromas, hombre! – exclamó Pomino con nervioso temblor.

– ¿Bromas?... ¡No son bromas, amigo mío; que estando de por medio el cadáver de un hombre, no hay quien brome! Di la verdad: ¿a que no has ido a visitar mi tumba al camposanto?

– No..., no.... no he tenido valor – balbució Pomino.

– Pero para quitarme la mujer sí tuviste valor, ¡tunante!

– ¿Y tú? ¿No me la quitaste tú primero? ¡Y eso que estaba yo vivo! – exclamó él, de pronto.

– ¿Yo? – murmuré- . ¡Ca! ¡Si fue ella la que no te quiso, hombre! ¿Quieres que vuelva a repetirte que le parecías un panoli? ¡Anda, díselo tú, Romilda, haz el favor! Ya ves que

sale acusándome de haberío traicionado... Pero, en fin, ahora ya es tu marido, y ¡punto en boca! No hablemos más de ello... Mañana iré yo al cementerio a visitar la tumba de ese desgraciado, que está allí abandonado el pobre, sin una flor ni una lágrima... Dime, ¿pusisteis siquiera lápida en su sepultura?

– Sí – apresuróse a responder Pomino- . Y a expensas del Ayuntamiento... Mi pobre padre... – Sí; ya sé que me hizo el elogio fúnebre... ¡Si el pobre del muerto hubiera podido oírlo!... ¿Y qué habéis puesto en la lápida?

– No recuerdo ya... Lo redactó Alondrilla...

– ¡Claro! – suspiré- . ¡Y basta! Dejemos también esto. Pero cuéntame, hombre: ¿cómo os disteis tanta prisa a casaros?... ¡Ay, y qué poco me lloraste, viudita mía! Quizá ni una lágrima, ¿eh? ¡Habla, mujer, contesta! ¿Es posible que no quieras dejarme oír tu voz? Mira, ya va avanzada la noche... En cuanto amanezca, me iré de esta casa, y ¡si te vi, no me acuerdo! Aprovechemos estas pocas horas... ¡Habla, mujer!

Romilda se encogió de hombros, miré a Pomino y sonrió nerviosamente; luego, volviendo a bajar los ojos y mirándose las manos:

– ¿Qué quieres que te diga?... Es verdad que lloré...

– ¡Y eso que no te lo merecías! – refunfuñó mi suegra.

– ¡Gracias! Pero, en fin... ¡Bueno! ... Supongo que no me llorarías mucho, ¿eh? De fijo que no se mojaron mucho esos ojos tan hermosos que tan fácilmente se equivocaron...

– Nos vimos muy apuradas – continuó Romilda a modo de disculpa- . Y si no hubiera sido por éste...

– ¡Muy bien, Pomino! – exclamó- . Pero y el canalla de Malagna ¿no os ayudó?

– Ni pizca – saltó mi suegra con voz dura y desabrida- . Todo lo hizo éste...

Y señaló a Pomino.

– Es decir – rectificó aquél balbuciendo- , yo no... Mi pobre padre... ¿No recuerdas que era del Ayuntamiento? Pues fue y consiguió que les señalaran una pensióncita, en atención a la desgracia... y luego. – –

– ¿Dio su consentimiento para el casorio?

– ¡Eso! Y se empeñó en que nos viniésemos a vivir todos aquí con él... Pero hace dos meses...

Y procedió a contarme la enfermedad y muerte del padre, el cariño que les había tomado a la nuera y a nieta y lo llorada que había sido su muerte en el pueblo. Luego pedile noticias de tía Escolástica, que tan amiga era del caballero Pomino. Mi suegra, que todavía se acordaba del puñado de masa que le tiró aquella vez a la cara, revolvióse en su asiento. Pomino respondiome que hacía dos años y pico que no la veía, pero que gozaba de cabal salud; luego, a su vez, preguntóme por mi vida y milagros durante el tiempo que había estado ausente. Yo le dije cuanto discretamente podía decirle, callándome los nombres de las personas y lugares, a fin de demostrarles que no todo habían sido mieles para mí en aquellos dos años. Y así conversando en amor y compañía, aguardamos el clarear de aquel día, en que había de proclamarse a los cuatro vientos mi resurrección.

Estábamos rendidos de la noche en claro y de las violentas emociones que experimentáramos, Y sentíamos también mucho frío. Con objeto de que entráramos en calor, fue Romilda y por su propia mano nos hizo café. Al ofrecirme la taza, me miró con ligera, triste y como lejana sonrisa, y me dijo:

– A ti siempre te gustó sin azúcar, ¿verdad?

¿Qué leería en aquel instante en mis ojos, que hubo de bajar enseguida los suyos?

A la lívida luz de la aurora sentí que se me subía de pronto a la garganta una inesperada oleada de llanto, y miré a Pomino con enconados ojos. Pero ya el café humeaba bajo mi misma nariz, embriagándome con su aroma, y empecé a tomármelo a lentos sorbos. Luego pedíle permiso a Pomino para dejar en su casa la maleta, hasta que encontrara alojamiento.

– ¡Sí, hombre, sí! – contestóme él solícito-. Es más: no te cuides de ésa, que cuando sea necesario yo me encargaré de mandártela...

– ¡Oh! – exclamé-. ¡No creas que tengo nada en ella! ... Está vacía... Y a propósito, Romilda: ¿no has conservado en tu poder nada mío..., prendas de vestir... ropa interior?...

– No, nada – respondiíme ella, contrita, abriendo las manos-. Ya comprenderás..., después de aquella desgracia...

– ¡Quién podía imaginar!... – exclamó Pomino.

Pero hubiera jurado que el roñoso de Pomino tenía, liado al cuello, un antiguo pañuelo mío, de seda.

– ¡Bueno! Basta. ¡Adiós, y buena suerte! – díjeles, buscando con mis ojos los de Romilda, que me rehuían, aunque, al darme la mano, pude notar que le temblaba-. ¡Adiós! ¡Adiós!

Bajé a la calle y volví a encontrarme perdido, con estar allí, en mi pueblo: solo, sin casa ni hogar.

– ¿Y ahora – preguntéme a mí mismo- , adónde ir?

Eché a andar, mirando a la gente que pasa a. ¡Cómo! ¿No me conocía nadie? Y, sin embargo, yo no había cambiado tanto como para que, al verme, no hubiera podido decir alguno: «¡Hombre, y cómo se parece ese forastero al pobre Matías Pascal! ¡Si tuviera el ojo un poco torcido, cualquiera diría que era él!”

Pero no, ninguno me conocía, porque nadie pensaba en mí. No despertaba curiosidad, ni siquiera la menor sorpresa... ¡Y yo que me figuraba que con sólo salir a la calle iba a armar una revolución! Ante aquel profundo desengaño experimenté un bochorno, una pena, una amargura, que en vano intentaría describir; y ese bochorno y ese desprecio impedíanme llamarles la atención a aquellos que yo, por mi parte, conocía muy bien... ¡Al cabo de dos años! ¡Ah! ¿Qué significaba morir? Ya nadie se acordaba para nada del santo de mi nombre; ni más ni menos que si nunca hubiera existido...

Por dos veces recorrí de punta a cabo el pueblo, sin que nadie me detuviese. Por un momento, lleno de rabia, pensé en volver a casa de Pomino y decirle que estaba arrepentido del trato hecho, vengando en él la afrenta que parecía infligirme todo el pueblo al no darse por enterado de mi presencia. Pero ni Romilda me hubiera seguido por las buenas ni yo tampoco hubiera sabido, de momento, adónde llevármela. Debía empezar por buscar albergue. Pensé en dirigirme inmediatamente al Ayuntamiento, al Registro civil, para exigir que me borrarán enseguida del libro de los muertos; pero andando, andando, mudé de propósito y torcí en dirección a esta Biblioteca de Santa María Liberal, donde hube de encontrarme, ocupando mi puesto, al reverendo amigo don Eligio Pellegrinotto, el cual tampoco me reconoció al primer golpe de vista. Jura y perjura don Eligio que él me reconoció enseguida y que sólo aguardó a que yo declarase mi nombre para echarme los brazos al cuello, pareciéndole imposible que fuese yo, y no resolviéndose a abrazar así, a las primeras de cambio, a un individuo que le parecía Matías Pascal. Después de todo, no le llevamos la contraria. Lo cierto es que fue el primero en saludarme y festejar mi vuelta empeñándose luego en que había de presentarme a los paisanos, para borrar de mi ánimo la mala impresión que su olvido me hiciera.

Pero yo, ahora, no creo oportuno describir las escenas que luego hubieron de desarrollarse, en la farmacia de Brísigo,

primero, y luego en el café de La Unión, cuando don Eligio, radiante todavía de júbilo, presentóse allí conmigo redivivo. En un santiamén divulgóse la noticia por el pueblo, y todos acudieron a verme y a acosarme a preguntas. Querían que yo les dijese quién había sido, entonces, el ahogado del molino, como defraudados, o como si yo les engañara y no me hubiesen reconocido todos, uno después de otro. ¿De modo que era yo, verdaderamente? Pero ¿de dónde venía? ¡Pues del otro mundo! ¿Y qué había estado haciendo? ¡Pues el muerto! Yo adopté, la determinación de encastillarme en aquellas dos respuestas, sin que hubiera fuerza humana que me sacara de, ellas, y dejarlos a todos con la comezón de la curiosidad, que los tuvo muchos días a mal traer. Ni siquiera fue más afortunado que los demás el amigo Alondrilla, que vino a entrevistarse conmigo para publicar una información en *Il Foglietto*. Inútil fue que, para conmoverme y tirarme de la lengua, me llevara un número del periódico de hacía dos años, con mi necrología. Yo le repliqué que me la sabía de memoria, pues en el infierno era *Il Foglietto* muy leído.

– ¡Gracias, amigo mío, gracias por todo! ¡Incluso por la lápida! ... Ya iré a verla.

Renuncio a transcribir su nuevo suelto del domingo siguiente, encabezado con grandes titulares, que decían: “*¡Matías Pascal, vive!*”

Uno de los pocos que no quisieron dejarse ver, además de mis acreedores, fue Malagna, con todo y haber dado muestras – según me dijeron – , dos años antes, de un gran pesar por mi bárbaro suicidio. Y me lo explico. Tanta pena como entonces le daría, al ver que me había quitado de en medio para siempre, tanto disgusto como sentiría ahora, al saber que había vuelto a la vida. Lo comprendo perfectamente.

¿Y Oliva? Hube de tropezarme con ella un domingo, al salir de misa, con su nene, que ya tiene cinco años, y que se le parece en lo guapo y lo sano. ¡Mi hijo! Ella miróme con ojos

cariñosos y risueños, que, en un periquete, me dijeron tantas cosas...

Basta. Ahora vivo en paz con mi anciana tía Escolástica, que se brindó a tenerme en su casa.

Mi extraña y peregrina aventura me nimbó de repente de prestigio a sus ojos. Duermo en la misma cama en que exhaló su último suspiro mi pobre madre, y me paso gran parte del día aquí, en la Biblioteca, en compañía de don Eligio, que aún está muy lejos de dar remate a su labor de ordenar los viejos infolios polvorientos.

Unos seis meses he tardado en pergeñar esta mi rara historia, con su ayuda. Y de cuanto aquí queda apuntado, me guardará el secreto, como si se lo hubiese contado en el confesonario.

Hemos hablado los dos largo y tendido acerca de mis peripecias y aventuras, y más de una vez hele dicho yo que no se me alcanza el provecho que de ellas se pueda sacar.

– Por lo pronto, éste – replícame don Eligio- : que fuera de la ley y fuera de esas particularidades, felices o desgraciadas, por las cuales somos quien somos, ino es posible vivir, querido Pascal!

A lo que le objeto que yo no he vuelto a entrar del todo en la ley ni en mis particularidades. Mi mujer es la mujer de Pomino, y yo no podría decir a punto fijo quién soy.

En el cementerio de Miragno, sobre el sepulcro de aquel pobre desconocido que se ahogó en *La Cabaña*, puede leerse todavía la lápida redactada por Alondrilla:

**Victima de adversos hados,
Matías Pascal,
bibliotecario,
corazón generoso, alma franca,
aquí, voluntariamente,**

reposa
la piedad de sus paisanos
coloco aquí esta lapida

Yo he puesto allí la corona de flores prometida, y de cuando en cuando, voy allá, a verme muerto y enterrado. Algún curioso me sigue de lejos; y luego, a la vuelta, se me acerca, sonrío, y considerando mi condición actual, me pregunta:

– Pero, ¡hombre!, ¿se puede saber, en resumidas cuentas, quién es usted?

Yo me encojo de hombros, entorno los ojos, y contesto:

– ¡Hombre! ¿Quién quiere usted que sea?... ¡Pues el difunto Matías Pascal!

In Italiano – [Il fu Mattia Pascal](#)

In English – [The late Mattia Pascal](#)

[««« Pirandello en Español](#)

El difunto Matias Pascal – Índice

- [1904 – El difunto Matias Pascal](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 1 – Premisa](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 2 – Premisa segunda \(filosófica\). A modo de disculpa](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 3 – La casa y el topo](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 4 – He aquí cómo fue](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 5 – Madurez](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 6 – Tac... tac tac...](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 7 – Transbordo](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 8 – Adriano Meis](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 9 – Un poco de niebla](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 10 – La pila del agua bendita y el cenicero](#)

- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 11 – De noche, mirando al rio](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 12 – El ojo y Papiano](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 13 – El farolillo](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 14 – Las proezas de Max](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 15 – Yo y mi sombra](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 16 – El retrato de «Minerva»](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 17 – Reencarnación](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 18 – El difunto Matías Pascal](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 19 – Advertencia sobre los escrúpulos de la fantasía](#)
- [El difunto Matias Pascal – Capitulo 20 – Visita de un vivo a su propia tumba](#)

Se vuoi contribuire, invia il tuo materiale, specificando se e come vuoi essere citato a collabora@pirandelloweb.com

[ShakespeareItalia](#)